

nos deben dar (1). Asestando despues Calvino sus tiros contra la iglesia romana, dice, que esta no es mas que una escuela de idolatría y de impiedad, y que la esencia misma de la doctrina evangélica está en ella aniquilada; con lo que arruinaba insensatamente su propia iglesia establecida tan largo tiempo despues de la supuesta destruccion de la verdadera Iglesia de Jesucristo. En este punto, lo mismo que en otros muchos, se ha visto la reforma precisada á desmentir á su oráculo. Con igual aspereza declama contra la primacia del Papa, contra los diversos órdenes de la gerarquía y del clero, contra la autoridad de los concilios, contra las leyes y las ceremonias eclesiásticas, contra el celibato de los clérigos, los votos de religion, los sacramentos, á escepcion del bautismo y de la cena; y en fin, contra la misa y la adoracion de la Eucaristía. En cuanto á la presencia real pone la última mano á la heregia de Zuinglio, y consume tan perfectamente esta obra de iniquidad, que ha sido tenido despues por gefe, y en sentir de muchos, por autor de los sacramentarios (2). Dice sin embargo, que el verdadero cuerpo y la verdadera sangre del Señor, se nos dan en la Eucaristía, y que se dan á los indignos como á los fieles y escogidos, tan verdaderamente, que se hacen una comida substancial, y que las almas quedan con este manjar interiormente nutridas: hace todos sus esfuerzos para hallar un medio entre la presencia real de Lutero, con la cual retiene el pan y el vino despues de la

(1) Lib. 4. p. 278. (2) Pag. 367. et seq.

consagracion, y el intrépido Zuinglio que no admitia mas que una simple figura de la carne y de la sangre de Jesucristo. Mas como no hay medio entre dos cosas tan contradictorias, cuales son la presencia real de un cuerpo, y la simple representacion de este cuerpo realmente ausente, Calvino, con todas sus grandes palabras de participacion substancial por la fe, y de objetos separados, conjuntos por la virtud del Espíritu Santo, no pudo hacer entrar en el espíritu de sus discípulos mas que la doctrina de Zuinglio, á la cual en efecto los vemos en el dia absolutamente adheridos.

15. No parece que la elocuencia de Calvino mudase en nada las disposiciones de Francisco I, respecto á los novadores. El parlamento de París continuó contra ellos con todo el rigor de sus procedimientos, y señaló particularmente su celo despues de la publicacion de la *institucion cristiana* (1). Un apóstata de la órden de San Benito llamado Juan Miguel, habia pervertido á la ciudad de Sancerre, que vino á ser despues uno de los baluartes de la secta. Pasó luego á Bourges, donde los partidarios del error no dejaron de procurarle un auditorio numeroso. Un día, en que debia predicar en una iglesia parroquial, acudió á ella el clero para cantar el oficio de difuntos; pero como la masa de las novedades fermentaba ya entre los novadores, derribaron los libros y arrojaron á los eclesiásticos. El predicador parroquial empezó luego con altivéz su discurso, suprimió la *Ave Maria* al fin

(1) Theod. de Beza. Hist. Eccl. l. 1.

id á revolcaros en vuestros infames placeres; entre tanto sufriré por vos, á fin de suspender la espada de la divina justicia, pronta á descargar sobre vuestra cabeza. El deshonesto no pudo resistir á una caridad tan asombrosa, y volvió atrás penetrado de compuncion. El Santo convirtió tambien á un religioso, revestido del sacerdocio, aplicado al ministerio de la confesion, y sin embargo disoluto en sus costumbres: fue á confesarse con él, con sentimientos tan vivos de arrepentimiento, que los introdujo enteramente en el corazon del mal sacerdote. Tales fueron los ensayos del celo de Ignacio, que entonces no era mas que un simple estudiante.

18. Despues que superó la molestia de sus estudios, los que volvió á comenzar á los treinta años, mas inflamado que nunca del celo de la gloria de Dios y de la salud del prógimo, deliberó sobre los medios de trabajar en ella con mas fruto; y concluyó estableciendo una compañía de hombres apostólicos, escogidos en la universidad de París. Asocióse primero seis de ellos, sin mucha dificultad, á escepcion de Francisco Javier, que debiendo producir los mas grandes frutos, fue asimismo el mas difícil de ganar. Como el nacimiento ilustre de Javier, su bello entendimiento y sus progresos en los estudios, le inchaban el corazon, no obstante el mal estado de los negocios de su casa, pretendió corregir su fortuna, y adelantar en el mundo por la senda de las dignidades eclesiásticas: género de ambicion tanto mas inaccesible á las impresiones de la gracia, quanto es

mas fácil confundirla con la emulacion y la nobleza de sentimientos. Mas el cielo puso en la boca de Ignacio palabras de fuego que triunfaron en breve de todos los artificios de la vanidad. ¿Qué le sirve al hombre, dijo á Javier, ganar todo el universo, si por último pierde su alma? A estas palabras cedió toda la altivéz de Javier como al rayo luminoso que aterró á Saulo; y al modo que éste, preguntó, ¿qué era lo que el cielo queria de él? Cuando Ignacio le hubo asegurado en su resolucion, igualmente que á los demás discípulos, convinieron todos en prevenirse sin dilacion por medio de los votos contra la inconstancia del espíritu humano.

A la vista de París, y al pie de sus muros, se eleva una montaña consagrada por la sangre de sus primeros apóstoles, como para acordar de continuo á los franceses el precio de la fe que les transmitieron. Sobre este monte, llamado de los Mártires, monumento venerable para los fieles en todas las edades, y sobre el sepulcro mismo de aquellos generosos testigos de Jesucristo, fue donde Ignacio, el dia de la Asuncion gloriosa de la Madre de Dios, condujo á sus compañeros, para dar principio á una compañía, la cual, bajo los auspicios de la Madre de Jesus, debia arrostrar las persecuciones y derramar su sangre por la gloria del Hijo. En la capilla subterránea de Montmartre, donde se cree que cortaron la cabeza al apóstol de la Francia San Dionisio, y es con efecto llamado en los antiguos monumentos el oratorio del santo mártir, recibieron la comunión de mano del

padre le Febro, el primero de ellos que fue elevado al sacerdocio; despues de lo cual con voz alta y distinta hicieron todos voto de ir á Palestina para emplearse en la conversion de los infieles de levante, y si no podian pasar ó establecerse allí, encaminarse á ofrecer sus servicios al Vicario de Jesucristo para egercer el ministerio evangélico en aquel pais del universo donde tuviese á bien enviarlos. Obligáronse al mismo tiempo á abandonar al mundo todo cuanto poseían, y aun á no exigir cosa alguna por las funciones del santo ministerio, así para quedar mas libres en sus funciones sublimes, como para cerrar la boca á los sectarios, tan elocuentes sobre la codicia de los eclesiásticos. Luego que hubieron concluido sus estudios, se trasladaron á Italia para la egecucion de sus promesas.

Mientras que la Francia preparaba este auxilio á la religion, la heregia en Alemania se abandonaba á escesos que pedian, para ser refrenados, no ya los desvelos pacíficos de ministros virtuosos y sábios, sino toda la fuerza y vigor del poder coactivo. De una especulativa ociosa, y largo tiempo indiferente á los ojos de una corte politica, como que solo ocupaba hombres y mugeres sin letras, nacieron las violencias, las sediciones, la rebelion abierta y el desórden público. Esto es lo que se manifestó principalmente en los desórdenes horribles, que los anabaptistas tolerados en Munster cometieron allí, casi inmediatamente que fueron recibidos (1).

(1) *Le Bizad. Hist. gestor. mirab. p. 100. = Coch. adam. 1524. p. 269.*

foragidos Juan Mateo y Juan Becold, llamado tambien Juan de Leyden, por el lugar de su nacimiento, los cuales estaban al frente de los perturbadores, no pudieron al principio apoderarse mas que de la mitad de la ciudad, mientras que la otra permanecia en poder de los magistrados; pero la discordia unida al fanatismo, hizo la suerte de Munster mucho mas espantosa. Sin embargo, se consiguió una composicion, y convinieron en la libertad de conciencia para los tres partidos que dividian la ciudad, á saber: los católicos, los luteranos y los anabaptistas; pero este convenio vino á ser imposible. Los últimos que habian venido, es decir, los anabaptistas, no ponian ya límites á sus pretensiones. Convidaron á todas las tropas de sectarios fanáticos de que habian llenado la Westfalia, á concurrir sin dilacion á Munster, seguros de ser bien pagados de sus fatigas. En poco tiempo la ciudad se inundó de una infinidad de miserables sin oficio, sin otra esperanza que el desórden, sin ningunos principios; y todos los buenos ciudadanos mirando el pillage como el menor de los daños que les amenazaban, se retiraron precipitadamente con sus bienes. Los mismos magistrados, no sintiéndose bastante fuertes para sofocar la rebelion, se apoderaron de los papeles de la casa de la ciudad, y huyeron, junto con los canónigos, todos los eclesiásticos, y la mayor parte de los católicos romanos. Los luteranos, que quedaron con el resto de los habitantes, intentaron primero resistir; pero creciendo de dia en dia el torrente de bandidos, se vieron precisados los

celosos del luteranismo á cederles el campo, y los anabaptistas quedaron solos dueños de la plaza.

19. Francisco de Waldeck, obispo y Príncipe de Munster, recurrió entonces á los estados del imperio; é interinamente fue á poner sitio á la ciudad con algunos socorros provisionales. Luego que Juan Mateo se vió acometido, entró en sus convulsiones proféticas; y ordenó que cada uno debiese llevarle todo el oro, plata, piedras y joyas de toda especie que tuviese, declarando de parte de Dios, que el que faltase á ello seria inmediatamente castigado con pena de muerte. Fuese credulidad ó temor, al punto le obedecieron. Alentado con esta prueba, añadió, que Dios mandaba tambien quemar todos los libros, escepto el de la Escritura santa. Al momento cada uno se apresuró á llevarlos á la plaza pública, donde fueron quemados tan generalmente, que despues de la reduccion de la ciudad no se encontró uno solo, no obstante el registro exacto que hicieron. Habiéndose escapado con este motivo una espresion burlesca á uno de los espectadores, mandó Mateo que se lo presentasen, y sin otra formalidad le atravesó el cuerpo con la alabarda que llevaba siempre consigo. Pronunció leyes que fingió habérselas dictado el Espíritu Santo, y las hizo grabar en unas tablas que se espusieron á las puertas de la ciudad. Siendo legislador y general á un mismo tiempo, llevó al combate á sus foribundos partidarios, cuyo primer impetu le hizo conseguir alguna ventaja sobre los sitiadores sorprendidos; pero en otra salida, en que habia

prometido de parte de Dios que todos sus enemigos serian hechos pedazos, quedó muerto á la primera descarga, y de cuantos le acompañaban, apenas pudieron escapar algunos, para llevar á la ciudad la noticia de su derrota (1).

Juan de Leyden tomó inmediatamente su lugar, asegurando que la muerte de su predecesor le habia sido revelada, y que Dios le mandaba casarse con su viuda. Convertido el sitio de Munster en un bloqueo, y dándole éste el tiempo necesario para afirmar su autoridad, comenzó fingiendo un éstasis que le duró tres dias. Despues de lo cual, aparentando todavía no poder hablar, hizo seña que se le diese pluma y papel; y escribió que la voluntad de Dios era que su pueblo fuese gobernado por doce patriarcas como lo habian sido los israelitas. Inmediatamente nombró los doce subalternos que le eran mas ciegamente adictos, los hizo reconocer por jueces absolutos, y no se dejó ver de nadie, hasta que ya estuvieron en posesion de la autoridad. Habiendo sido sorprendido en un adulterio, pronunció en nombre de Dios, que el matrimonio no vinculaba de tal modo el hombre á una muger, que no pudiese tener al mismo tiempo muchas. Casóse desde luego con dos, sin contar la viuda de Juan Mateo, esposa principal destinada sola á la dignidad real, por haber pertenecido al primer profeta, y llegó á tener en lo sucesivo hasta diez y siete. Esta ley, como todas las demás, fue recibida con aplauso general. A un miembro de la asamblea,

(1) *Mesha. l. 5. et 6.*

del exordio, y en lugar de esta salutacion de estilo, recitó la oración dominical en francés. Un magistrado de París que se hallaba presente se levantó al momento, y con voz muy clara empezó el *Ave María*; pero no se la dejaron concluir. Los oyentes se amotinaron, y las mugeres con particularidad se enfurecieron de tal modo, que le hubieran molido á silletazos á no haberse puesto prontamente en fuga. Tratóse de castigar este escándalo, y se procedió contra los culpados; pero estos tuvieron todavía bastante crédito para impedir por largo tiempo la pesquisa. En fin, el sedicioso predicador fue preso y castigado con el último suplicio por el parlamento de París.

16. Los otros parlamentos manifestaron la misma adhesion á la fe católica. El de Burdeos en particular mandó hacer informaciones en toda la estension de su distrito; y en esta ocasion fue cuando inquietaron al célebre Julio Scalígero que profesaba la medicina en la ciudad de Agen, una de las mas sospechosas del territorio. Acusáronle de tener en su poder libros prohibidos, y de haberse explicado heréticamente acerca de la Eucaristía y del ayuno de cuaresma. Fue necesaria la intervencion de los amigos que tenia en el parlamento de Burdeos para libertarse de la pena que pudieran haberle hecho sufrir unas proposiciones tan poco arregladas. Además, procuró dar apresuradamente pruebas de sincera sumision á la Iglesia; y á lo menos es constante que murió católico (1). Se asegura que los pasages erróneos que se hallan en sus

(1) *Poosev. in Apperat.*

obras, han sido interpolados por hereges falsarios. No sucede lo mismo respecto de su hijo Josef, de menos ingenio, de mas memoria, igualmente docto, satírico, altanero y admirador de sus propias luces. Su propension al calvinismo le hizo abandonar su patria para fijarse en Holanda. Manifestó en la hora de la muerte sentir la ausencia del suelo en que habia nacido, y el deseo de ser enterrado en el sepulcro de su padre. Entonces le preguntaron si queria tambien morir en la religion paterna; á lo que no pudo responder sino con lágrimas. Entre los delirios de Julio Scalígero ó Lescala, los mas ridículos fueron su descendencia supuesta de los antiguos señores de Escala, Príncipes de Verona, y su desenfreno satírico contra Erasmo.

17. En medio de tantos escándalos se formaba una sociedad, que parecia ser destinada por el Señor para enjugar las lágrimas que los hereges arrancaban á la Iglesia: para procurar especialmente, á lo menos en parte, la decadencia de las sectas, que destruyendo la libertad del hombre y la virtud de los sacramentos, arruinaban la basa de las costumbres: para reparar, principalmente por medio de los apóstoles del Nuevo-mundo, las pérdidas que la Iglesia habia hecho en Europa, y para formar, mediante el establecimiento de la educacion pública, una generacion nueva que pudiese sostener todas estas obras de salvacion.

En el año de 1534, al tiempo preciso en que el veneno del luteranismo y del calvinismo reunidos,

hicieron su primera irrupcion en Francia por las blasfemias fijadas públicamente en la capital de este reino, Ignacio de Loyola formó su compañía; y aunque español de nacimiento, como la mayor parte de sus primeros discipulos, escogió esta capital para su cuna. Nació en la Vizcaya española, antigua dependencia del Rey de Navarra, y siguió hasta la edad de veintinueve años la profesion de las armas, en la que manifestó su rara inteligencia y la firmeza de su valor (1). Habiendo recibido una herida en el sitio de Pamplona, que le estropeó una pierna, y alargándose mucho su curacion, pidió alguna novela para distraerse. Aunque los libros de caballería eran entonces muy comunes, particularmente en España, no se halló ninguno en aquel momento en el castillo de Loyola, adonde el enfermo habia sido transferido; por lo que en lugar de una fábula le llevaron la vida de Jesucristo y de los Santos. Leyólos como por fuerza, y al principio sin gusto; mas obrando en breve la gracia, halló en aquellos egemplos algo mas de grande que en todo el heroismo fabuloso de que tenia llena su imaginacion: despues de algunos momentos de incertidumbres y combates entre la carne y el espíritu, tomó la resolucion, que no mudó jamás, de imitarlos. No le seguiremos á nuestra Señora de Monserrate, á la cueva de Manresa, á las universidades de España, y á otros muchos parages donde disfrazado de pobre, acusado de iluso, y aun de seductor

(1) *Orland. Hist. Societ. l. 1. Maff. l. 1. = Bouch. Viz. de S. Ign.*

y herege, asombró al mundo con todas las escenas que puede presentar la santa locura de la cruz. Pero si los principios de los Santos y los de los devotos repentinos parecen alguna vez los mismos, la série y el término de sus obras manifiestan bien su diferencia.

En muy poco tiempo hizo Ignacio conocer el carácter de su vocacion, por muchas de aquellas grandes acciones que acreditan casi siempre á los Santos. Tal fue entre otras la conversion que hizo en Barcelona de un monasterio de monjas que vivian menos como religiosas que como cortesanas, á quienes el buen olor de sus virtudes y sus penetrantes palabras hicieron romper inmediatamente todas sus conexiones peligrosas. Convirtió del mismo modo en Alcalá á un eclesiástico, cuya disolucion escandalizaba á toda la iglesia de España, donde ocupaba una de las primeras dignidades. Habiendo sido despojado en París de sus cortos haberes por un amigo pérfido, y sabiendo luego que el ladron habia caido enfermo en Ruan y se hallaba reducido á una extrema miseria, partió inmediatamente para ir á socorrerle, y puso para consolarle todo aquel esmero que parece deberia haber empleado en recobrar sus bienes. Un hombre conocido suyo tenia trato ilícito con una muger que habitaba en una aldea cerca de París: Ignacio, despues de muchas exhortaciones inútiles, fue, á pesar de que la estacion era rigurosa, á esperarle en el camino á la orilla de un estanque. Metióse hasta el cuello en el agua medio helada, y cuando le vió cerca, le dijo: